

Los colores de Obama

Barack Obama ya ha entrado en la historia como el primer presidente negro de Estados Unidos. Sin embargo, ni Estados Unidos ni el propio Obama han tenido aún la oportunidad de demostrar al mundo que nos hallamos ante el primer presidente norteamericano del siglo XXI.

Para ello, para ser el primer presidente del siglo XXI, Obama tendría que realizar una serie de profundos cambios en la política y en el comportamiento de Estados Unidos.

El primer punto de inflexión consistiría en situar la preocupación por el medio ambiente en el centro del debate y de las decisiones en lo que atañe a la economía, la sociedad, la ocupación de



CRISTOVAM BUARQUE

Para ser un líder del siglo XXI, Obama debe ser no sólo negro, sino también verde, rojo y blanco

la Tierra por los norteamericanos y demás ciudadanos del mundo. Sería preciso empezar por firmar el Protocolo de Kioto, rechazado hasta hoy por Estados Unidos. Pero sin quedarse ahí. Debe asimismo proponer, inspirar, formular y aprobar dentro de Estados Unidos y en los foros internacionales medidas que contribuyan a acabar con la clara tendencia suicida de nuestro proyecto de civilización. La economía ha de ser reorientada hacia un compromiso con el equilibrio ecológico. Para ser considerado el primer presidente norteamericano del siglo XXI, es de esperar que Obama, además de un presidente negro, sea también un presidente verde.

La preocupación social por la

pobreza es un segundo punto de inflexión imprescindible para hacer de Obama un presidente del siglo XXI. La actual marcha de la economía, carente de compromiso social alguno, ha de ser reorientada hacia una economía comprometida con la reducción de la pobreza. El presidente del siglo XXI, además de negro y verde, deberá ser rojo también. No en el sentido de subvertir el orden económico y romper las bases de la economía, sino en el de crear los mecanismos necesarios para afrontar el cuadro de desigualdades en los distintos países y en el mundo en general.

El abandono de la postura de arrogancia imperialista que ha caracterizado a Estados Unidos desde finales del siglo XIX y a lo

largo de todo el siglo XX también habrá de ser activado. Especialmente a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos pasó a verse como el portador del destino de la humanidad e intentó apropiarse al máximo de los mercados y recursos de los demás países, influyendo para hacer de cada uno de ellos una parte de la economía norteamericana. Además de provocar antagonismos, injusticias y falta de respeto hacia las soberanías de muchos pueblos, Estados Unidos terminó por crear y apoyar sistemas autoritarios. Incluso en países democráticos generó desigualdades aún más formidables que las que había anteriormente.

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE

¿Son hebreos los que han atacado Gaza?

Operación Plomo Fundido ha sido el nombre del último episodio en el interminable conflicto de Oriente Próximo. Israel, aparentemente, ha conseguido sus objetivos militares, pero ha perdido la batalla en los medios de comunicación. La condena ha sido unánime, y para expresarla no se han ahorrado calificativos, algunos injustificados. Todo es desmesura en este trágico conflicto.

Ahora que el fuego ha cesado y el interés informativo se traslada a otros lugares, me gustaría hacer algunas puntualizaciones sobre el mal uso que se hace de ciertos términos relativos al pueblo judío, a su historia y cultura.

1. Hebreo (*ibri*) es un término que, con excepción de Italia, no suele utilizarse para hacer referencia al pueblo judío. Hebreo aparece muy poco en la Biblia, fundamentalmente en el contexto de la salida de Egipto. Yahvé es el *dios de los hebreos*, y hebreos fueron los que salieron con Moisés de la *Tierra de Esclavitud*. Otros textos orientales, egipcios y mesopotámicos, mencionan a unos *apiru*, *habiru*, gentes que, independientemente de su origen étnico o religioso, tienen en común su carácter de grupo marginado: siervos o bandidos. En español lo común es usar hebreo para denominar a la lengua y su literatura. Los soldados del Ejército israelí hablan hebreo, hebreo israelí, *pero no son hebreos*. Israel, por tanto, no es un "Estado hebreo".

2. Judío (*yehudí*) es, en principio, el que pertenece a la tribu de Judá. Yehudí se suele traducir a veces como *judáita*, para distinguir a los miembros de la tribu bíblica de Judá, y a los habitantes del reino del mismo nombre, de los que posteriormente se dispersaron por la Cristiandad y Dar al-Islam. La mayoría de las comunidades que actualmente existen en España pertenecen a la "Federación de comunidades judías de España", nombre que han adoptado tras



JOSÉ R. AYASO

La prensa confunde hebreo, judío, israelí y sionista, e Israel tilda de antisemitas a todos los que le critican

corregir el galicismo "israelita" que usaron al principio.

3. Israelí (*yisraelí*) es el ciudadano del "Estado de Israel" (*medinat Yisrael*), que ocupa, de acuerdo con las fronteras reconocidas internacionalmente, una parte de la "Tierra de Israel" (*Erets Yisrael*), territorio que también se conoce como Palestina. Fue el emperador Adriano quien, tras sofocar la segunda revuelta judía, decidió desjudaizar oficialmente la provincia cambiando su nombre por el de *Syria-Palaestina*. Paradójicamente, un pueblo desaparecido hacía un milenio, los odiados filisteos que se asentaron en las dunas de Ascalón, Asdod y la hoy infeliz Gaza, terminó por dar también su nombre al territorio.

Como sucede con *judío* y *judáita*, cuando se habla de los "hijos de Israel" del Antiguo Testamento, cuyas 12 tribus se extendían "desde Dan a Beer Sheva",

no se suele utilizar *israelí* sino *israelita*. Ejército israelita sería el ejército de los míticos reyes David y Salomón, pero el ejército que ha atacado Gaza es un Ejército israelí. Poco queda de los hijos de Israel históricos: algunos grupos samaritanos que siguen viviendo en Siquén y que tras siglos de prácticas endogámicas están en grave peligro de extinción.

4. Sionista, por último, hace referencia al movimiento nacional judío que nació en Europa en el último tercio del siglo XIX. Pese a que el sionismo no es ni peor ni mejor que otros nacionalismos, goza de poca popularidad en ciertos ambientes, donde ser antisionista forma parte de las señas de identidad. En soflamas y consignas basta con llamar a Israel, despectivamente, "Estado sionista". Mala caricatura, pues Israel es una sociedad extremadamente compleja. El

sionismo, además, siempre ha sido muy heterogéneo. Sionistas son Amos Oz y David Grossman. No sólo Bibi Netanyahu o los colonos, violentos y fundamentalistas, del sionismo mesiánico.

Israel y el pueblo judío no deben confundirse nunca, por muy importante que el movimiento sionista y el Estado sean para la judería internacional. Las manifestaciones que han tenido lugar en las principales ciudades españolas en contra de la política del Gobierno Olmert pueden ser calificadas de antiisraelíes o antisionistas, pero no de antijudías, en contra de lo que afirmaba un conocido periodista radiofónico. Por otra parte, representantes de Israel y de las organizaciones judías de la Diáspora suelen criticar esas manifestaciones por "antisemitas", lo que tampoco es cierto.

Recurrir al fantasma del antisemitismo es el modo más fácil de descalificar a todos los que no muestran un apoyo incondicional a la causa sionista. El antisemitismo justifica las propias acciones y les exime de responsabilidades. El sentirse solos e incomprendidos, rodeados de una marea de antisemitismo eterno e indiscriminado, da razones a la política unilateral de fuerza que tan popular es en Israel y que lo ha ido alejando de la comunidad de las naciones.

Estado de Israel, Ejército israelí (IDF o Tsahal, en sus siglas inglesa y hebrea) e israelíes, o ciudadanos judíos israelíes (para distinguirlos de los árabes israelíes y otros grupos étnicos y religiosos minoritarios) son las expresiones más correctas. Siendo precisos en las palabras podemos evitar que los errores de Israel salpiquen a la Diáspora y que lo que debe ser sólo antisionista o antiisraelí llegue a convertirse al final y de manera trágica en antijudío o antisemita.

José R. Ayaso es profesor titular de Historia de Israel y del Pueblo Judío de la Universidad de Granada.

FORGES

